

I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 1985.

# Palabras del Presidente del Colegio de Antropólogos de Chile, A.G.

Rony Golschnied M.

Cita:

Rony Golschnied M. (1985). *Palabras del Presidente del Colegio de Antropólogos de Chile, A.G. I Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/i.congreso.chileno.de.antropologia/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ektb/k34>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## DISCURSO INAGURAL DE RONY GOLDSCHMIED N., PRESIDENTE DEL COLEGIO DE ANTROPOLOGOS DE CHILE A.G.

Estimadas amigas y amigos.

Cuando me detuve a pensar qué podría decir en la inauguración de nuestro Primer Congreso de Antropología, no pude dejar de mirar en el pasado, me surgieron imágenes, sensaciones y recuerdos. Estoy hablando del año 1972, un año después que Antropología había nacido a la vida como carrera con status universitario.

A diferencia del resto de las carreras de ciencias sociales, que tenían una larga trayectoria, nosotros surgíamos como una familia que iba construyendo día a día, la experiencia práctica y la elaboración teórica, de este cuerpo de conocimientos. La mayoría veníamos de otras carreras como arquitectura, leyes, química, ingeniería. Todos nos conocíamos, sabíamos quién era el otro, los conflictos y diferencias tan propios de las ciencias sociales y de la vida, se hacían explícitos y se discutían.

Sin abandonar las posiciones y diferencias, había una búsqueda colectiva por legitimar y darle una identidad a la profesión que recién nacía.

Recuerdo esas clases en que no era necesario cerrar la puerta, porque el debate y las diferencias estaban permitidas; cómo no recordarlas, si es ahí, cuando más siento que aprendí. Los distintos puntos de vista se hacían oír, no había posiciones ni teorías prohibidas. Todos podían y tenían algo que decir. La diversidad se expresaba y se manifestaba en todos los ámbitos de la Universidad, enriqueciendo y motivando las ansias y deseos de mayores conocimientos para poder comprender mejor nuestra sociedad.

Y no puede ser de otra manera. ¿Acaso la ciencia no es una actividad constitutivamente tolerante de la diversidad humana?

Me parecen profundamente significativas las palabras del Rector de la Universidad Católica de Chile, cuando por esa época decía: El alumno al estar en la Universidad está en un amplio mundo de pensamiento y de crítica, de mirar el mundo prospectivamente desde cualquier disciplina; y en cualquier disciplina que se esté desarrollando, el alumno debe estar en contacto con otras disciplinas que amplíen su capacidad de mirar el mundo. Entonces la Universidad es un centro de reflexión crítica, donde se debe intercomunicar todo y dialogar realmente para poder mirar el mundo más allá de lo que es la simple disciplina que uno está estudiando. Terminaba diciendo el Rector: no se puede dejar de tener una posición ante la vida,

hay que tenerla y confrontarla con otras.

Vivíamos un mundo de profundas transformaciones, era un tiempo de gran ebullición política y social, que coincidía con un gran estallido y efervescencia cultural. Como futuros profesionales de las Ciencias Sociales teníamos esperanzas y expectativas de participar y contribuir en el desarrollo del país. Se visualizaban espacios e instituciones donde los antropólogos podíamos aportar con nuestros conocimientos y metodologías.

Ser cientista social implicaba un reconocimiento social, y un respeto al saber como saber de los asuntos de la sociedad, de la cultura y sus relaciones -es decir, describir, explicar, interpretar y proponer alternativas-. En este sentido, el conocimiento científico, realiza una lectura crítica de la realidad, acostumbrado a buscar por debajo de lo aparente, las causas ocultas a partir de las cuales se pueden interpretar los distintos fenómenos sociales. Desde las distintas actividades que nos son propias, queríamos entregar nuevos puntos de vista en el conocimiento y comprensión de nuestra sociedad.

No podemos dejar en el olvido, las largas y estériles discusiones cargadas de dogmatismo, provenientes por lo general de las distintas posiciones partidistas, lo que provocaba una verdadera incomunicación en el debate teórico metodológico.

Estos recuerdos, son una visión muy personal y subjetiva, no por eso menos válida, de un pasado que muchos de los que están aquí presentes no vivieron, porque se vió interrumpido por el 11 de septiembre de 1973, y que provocó profundas transformaciones en la historia económica, sociopolítica, cultural e institucional del país. Además, produjo un profundo impacto en el desarrollo de las Ciencias Sociales.

Las Universidades, espacio natural de formación, investigación y desarrollo de las Ciencias Sociales, fueron intervenidas militarmente, por rectores delegados, designados por el Presidente de la República y que salvo contadas excepciones, han sido todos miembros de las Fuerzas Armadas, por lo tanto, ajenos a la vida universitaria.

La Universidad quedó expuesta a la expulsión de estudiantes y académicos por razones de carácter ideológico, al éxodo de personal docente por falta de garantías y libertades en el ejercicio de la cátedra e investigación. A controles y censuras.

Las carreras de Ciencias Sociales, quedaron sometidas a un clima de desconfianza y sospecha, a controles presupuestarios directos o indirectos que impiden, hasta la actualidad, en el ámbito universitario el

desarrollo, reproducción y relevancia social que tenían.

La legitimidad y el prestigio que tenía el ser cientista social pasó a ser casi un estigma.

Podría decirse que el clima imperante en las Universidades, hoy día, no representa un ambiente propicio para el desarrollo de las Ciencias Sociales, lo que me hace ver con mucho respeto el rol jugado por los académicos, que aún bajo estas circunstancias, han sido capaces de mantener viva las actividades de formación e investigación al interior de la Universidad.

Qué habría dicho Don Andrés Bello de la Universidad de hoy día, si ya en 1843, en el discurso de la inauguración de la Universidad de Chile, al referirse al quehacer de la Universidad dijo: "La libertad, como contrapuesta por una parte a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se revela contra la autoridad de la razón y contra los más notables y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones".

En 1975, Antropología de la Universidad de Chile, empieza a tener sus primeros egresados, con un panorama social, laboral e institucional, bastante diferente al que imaginamos en los inicios de la carrera. La inestabilidad laboral, la franca desocupación o la precariedad de los ingresos son condiciones que definen y obstaculizan gravemente el desarrollo profesional.

El trabajo de buscar trabajo se ha convertido en una de las principales ocupaciones de las nuevas promociones de profesionales. Sin embargo, la cesantía no es un problema particular de los antropólogos. Uno de cada tres chilenos está cesante. Se habla de la existencia de una crisis económica, pero lo que ha hecho crisis en realidad es toda una concepción del desarrollo nacional, del rol que corresponde a los individuos, a las organizaciones, a los profesionales y al propio estado en dicho desarrollo y formas de vida que se ha pretendido imponer a nuestra idiosincracia y al modo de organizar nuestra convivencia.

Han sido conculcados los derechos fundamentales de las personas y grupos sociales que no comparten la ideología imperante. Crisis moral, violencia y pobreza crítica, exilio, detenidos, desaparecidos, torturas y secuestros, son parámetros a los que nos estamos acostumbrando, porque se han convertido en características de nuestra sociedad.

El estado de sitio, de emergencia y el llamado estado de guerra interna

son los horizontes que han enmarcado nuestra vida social estos últimos doce años.

Vivimos bajo una concepción economicista de la sociedad, que ha pretendido regir, regular y normar, a como dé lugar, todos los aspectos de la vida nacional, a través de las leyes del mercado. Vivimos dominados por un pensamiento que propugna una visión individualista del hombre aislándolo de su contexto social y promoviendo una forma de violencia económica, al tratar al ser humano como una mercancía más, al tratarlo como un objeto más que se transa en el libre juego de la oferta y la demanda.

Nosotros como profesionales no podemos dejar a un lado todos estos problemas, no podemos bajar la cabeza como si nada ocurriera en este país. ¿Cuál es la responsabilidad social que nos cabe a nosotros los profesionales de las Ciencias Sociales? De qué manera podemos convertirnos en actores y no meros espectadores de la crisis generalizada que vive el país? Son preguntas que no debiéramos dejar de hacernos.

Hace apenas poco más de dos años que nació el Colegio de Antropología, tal vez como producto de la situación que vive nuestra disciplina en Chile, por la necesidad fundamental de agruparnos, de tener un techo institucional que reivindique nuestra profesión y nuestra actividad científica, como un espacio para reencontrarnos nuevamente. Han sido dos años de intensa actividad en los que, poco a poco, hemos ido avanzando y generando espacios propios. Todo ello ha sido posible por la colaboración de muchos de nuestros asociados que, de una u otra manera, han sentido que, a través del Colegio de Antropólogos es posible, nuevamente, contribuir al quehacer de nuestra disciplina, sin restricciones, ampliamente. Este ha intentado ser siempre el signo del Colegio y es también el de este Congreso.

En este contexto y bajo estas circunstancias, el Colegio de Antropólogos de Chile hace posible nuestro primer Congreso de Antropología, que hoy día adquiere una significación extraordinaria ya que después de largos años de dispersión, aislamiento y desorganización, se logra generar un espacio de participación, intercambio y reflexión de nuestra práctica profesional. Este congreso debe ser testigo que, a pesar de los obstáculos y dificultades, la Antropología Chilena está viva. 70 ponencias, la presencia de profesionales de distintos puntos del país y la participación de las universidades, dan cuenta de esto y configuran la diversidad del quehacer antropológico en nuestro país. Estoy seguro que la reflexión generada en este Congreso contribuirá enormemente al desarrollo y fortalecimiento de nuestra disciplina como también a reivindicar el papel del conocimiento y la participación del profesional en la construcción de la sociedad.

Quisiera agradecer a todas las instituciones que han colaborado de alguna forma en la implementación de este Congreso, a las universidades, a la co-

misión organizadora, a la secretaría ejecutiva y a todos los participantes y ponentes.

En nombre del Colegio de Antropólogos y de la Comisión Organizadora les doy la bienvenida y declaro inaugurado nuestro PRIMER CONGRESO DE ANTROPOLOGIA.